

## 082. Si Dios entra en el hogar

Se celebraban las Bodas de Oro de una pareja primorosa. Los dos esposos llegaban a ese jubileo con una presencia, un vigor y un espíritu envidiables. Católicos porque sí, todo discurrió en la Iglesia como en aquel lejano día de cincuenta años atrás. Después, el convite, en la sala colmada de hijos y nietos, alegres, bulliciosos. En los brindis, el “novio” setentón, se dirige a los hijos para decirles:

- *Nosotros habremos triunfado, más que por sus éxitos profesionales y académicos, si se mantienen unidos, si conservan los valores humanos y los principios morales y religiosos que les enseñamos.*

Muchos aplausos, como es natural. Y ahora, uno de los hijos, en nombre de todos:

- *Gracias por vuestro cariño, por inculcarnos el amor al trabajo, por los consejos que siempre nos prodigan, por habernos hablado de Dios.*

Así lo publicaban los periódicos, homenaje cumplido a la envidiable pareja, y rendimiento de gracias al Creador (ABC, Madrid. Artículo de Francisco Soto Nieto, Magistrado del Tribunal Supremo)

Un testimonio como éste es impactante. Ante la frivolidad reinante en grandes sectores de la sociedad, hay para bendecir a Dios cuando nos muestra con ejemplos tan claros lo que es la familia, salida del corazón del mismo Dios.

Ese brindis era un himno a los valores humanos de la honradez, del trabajo, del éxito profesional. Y campeando sobre todo, la presencia de Dios, que ha iluminado con su luz, reconocida por los padres y los hijos, la vida entera de la familia.

Como primer fruto de bendición, vemos a dónde llega la unión de los esposos cuando no se ha metido el mal en el recinto del jardín. Pasan los años, y el amor se conserva fresco como una flor primaveral.

La planta, cubierta primero de flores, cargada después de frutos abundantes, ha colmado todas las ilusiones, que hasta podían parecer al principio irrealizables.

Todo se consigue cuando existe el ideal. Al casarse, y ante el altar mismo de Dios, se apuntó muy alto, se aspiró a mucho, se soñó en grande: *¡A ser felices, pues tenemos derecho!...* Y la felicidad se puso en valores que no engañan, que no pasan, que duran siempre.

Clavado bien alto el ideal, vino el trabajar silencioso, constante, tranquilo, en la aceptación y la formación de los hijos, que son el mayor regalo brindado por Dios a la pareja.

Y así, con amor intenso, apasionado y constante; con ilusiones nunca apagadas; con voluntad firme, aplicada con tesón en los días fáciles como en los difíciles, así, y sólo así, se ha llegado a la conquista de tanto bien.

Es cierto que Dios bendice el amor conyugal y familiar en todas partes, en todas las culturas, en todas las creencias religiosas, porque el matrimonio y la familia proceden de Dios. Pero es cierto también que, dentro del cristianismo, ese amor conyugal y familiar tiene un significado y una fuerza muy superior, al ser el mismo Jesucristo quien se mete en medio de la pareja, para asumir ese amor y hacerlo propio, como signo de su desposorio personal con la Iglesia.

El conocido Obispo húngaro, que formó a tantos jóvenes con sus libros, dice sobre este amor cristiano:

*- La corona de azahar se seca muy aprisa, el ramo nupcial de la novia se marchita, el público de la fiesta se dispersa, los recuerdos de una boda brillante se van alejando; pero no se seca, sino que permanece siempre lozano, el amor consagrado por un sacramento ante el altar (Tihamer Toth)*

Por eso, antes de casarse, un enamorado, católico convencido, le escribía a su novia: *-Te busco a ti por lo que eres tú. Sabes que muero por ti. Pero no quiero amarte con otro amor que el de Cristo. Me fiaré de tu amor, y estaré seguro de mi propio amor, el día en que vea a Cristo metido con toda su fuerza entre los dos* (Adaptación de las palabras de J. Mailliet)

Nadie puede negar la verdad que encierran estas palabras. Porque el amor en el matrimonio y en la familia puede enfriarse, como triste condición de la debilidad humana. Pero el amor no corre ningún peligro cuando se sustenta y está sostenido en Dios y en su Cristo. El amor entonces no es la unión sólo de dos cuerpos apasionados, ni el lazo que une padres e hijos porque se necesitan mutuamente, sino que es la fusión de las almas en un amor incommovible y eterno.

Hoy son muchos los que no piensan así. Se ha dicho muy atinadamente que la estabilidad familiar es como la de un rey y una reina destronados. Les quedan muy pocos súbditos fieles, porque matrimonios y familias rotas se encuentran por doquier. Pero esto no quita que sean unos destronados respetados y admirados, y hasta se suspire secretamente por su regreso al trono que perdieron.

Como obra de Dios, *“La familia es un hecho de tal envergadura, que los pueblos tienen que atenderla si quieren tener un futuro”* (Cardenal López Trujillo, ABC, 2-V-2001). Y las naciones que hoy legislan a favor del aborto, de las parejas gay, de la eutanasia, y de otras cosas más que van tan contra el querer de Dios, se darán cuenta del camino errado que han emprendido, y ojalá se determinen un día a dar una imprescindible marcha atrás.

Con un ejemplo como el que hoy ha abierto nuestro mensaje, se abre el corazón a todas las esperanzas.

Los valores del matrimonio y de la familia, no han muerto, ni mucho menos.

Los males que les acechan son muchos, fuertes y devastadores. Pero la fuerza de Dios está sobre ellos.

La fuerza de Dios, y nuestra ilusión cristiana también. Porque sabemos que nuestros hogares son el vivero fértil de la sociedad, a la vez que la esperanza más viva de la Iglesia.